Metafísica china

Posted on 1 de abril de 2007 by Carlos López-Fanjul

El número de textos que tratan de ofrecernos una versión más o menos original de lo que constituye la integridad –física, psicológica y social– del ser humano ha hecho sudar a la imprenta en los últimos años. No obstante, en opinión de Jesús Mosterín, «ninguno de ellos pretende siquiera dar una versión global y coherente de la naturaleza humana […]. Lástima, pues de otro modo me habrían ahorrado el trabajo de escribir este libro» (p. 14). Aunque esta frase no sea precisamente un modelo de modestia intelectual, quizás no vaya más allá de expresar, desde luego en forma altisonante, la pretensión de tener algo nuevo e importante que decir que, a la hora de publicar, nos mueve a todos; y sólo en este sentido cabe interpretar la trascendencia de lo que nuestro autor dice aportar.

Para Mosterín, «la totalidad de nuestras características ancladas en el genoma humano constituyen la naturaleza humana» (p. 134). Esta definición, bastante más laxa de lo que, como veremos, parece, sigue la línea de argumentación evolucionista e implica, en primer lugar, que la naturaleza humana incluye a todos aquellos atributos morfológicos y fisiológicos que responden a la información firme e indiscutiblemente inscrita en las porciones del genoma que compartimos con el resto de los animales (capítulo 3), con los mamíferos (capítulo 4) y con los primates (capítulo 5), transmitida con mayores o menores modificaciones en relación directa con la antigüedad del correspondiente legado evolutivo. A estos caracteres pueden añadirse ciertas diferencias entre sexos y los relativos a la senescencia, que se tratan aparte (capítulos 10 y 12). En segundo lugar, también forman parte de la naturaleza humana los rasgos de comportamiento psicológicos y sociales adquiridos a lo largo del proceso conducente a la aparición del *Homo sapiens*, que alcanzan su máxima expresión en esta especie, pero que nuestros parientes evolutivamente más próximos no dejan de manifestar en cierto estado incipiente, y cuyo grado de afianzamiento genético va, por así decirlo, aflojándose a medida que pasamos de las estructuras físicas del cerebro (capítulo 7) a sus más importantes manifestaciones, como son el lenguaje (capítulo 8) o la conciencia moral (capítulo 13).

En contraposición al conjunto de atributos anteriormente mencionados, la cultura (capítulo 9) «abarca todas las actividades, procedimientos, valores e ideas transmitidas por aprendizaje social y no por herencia genética» (p. 231). Esta definición, no por clara y excluyente menos debatible, representa la total desvinculación del genoma y, a mi entender, hubiera sido deseable que la obra reseñada entrara más a fondo en la discusión de esta materia tan controvertida en lugar de recurrir a convenientes argucias expositivas que permiten soslayar

a voluntad los obstáculos, a veces insalvables, con que suele tropezar el análisis genético del comportamiento humano. Al fin y al cabo, la mayor parte de las descripciones biológicas de Mosterín no pasan de ser actualizaciones del contenido de *El origen de las especies*, entre las que, precavidamente, se menciona la existencia de ciertos sistemas de comunicación vocal en cercopitecos o la transmisión social de la información adquirida mediante aprendizaje en chimpancés, que podrían clasificarse como manifestaciones culturales. Por otra parte, la antedicha delimitación de lo que es la cultura no se aviene fácilmente, por ejemplo, con la admisión explícita de que la inteligencia humana posee un cierto componente hereditario, algo que hasta hoy ha resultado ser científicamente indemostrable y que, por tanto, no cabe mantener ni rechazar.

Debo reconocer que la mera exposición del conocimiento biológico actual sobre el ser humano es una ardua tarea que Mosterín ha completado con soltura. Precisamente por su condición de filósofo interesado en estos temas ha sido capaz de proporcionarnos descripciones y explicaciones que, sin gran pérdida de rigor, están en buena medida liberadas de la jerga especializada y son, por ello, más fácilmente comprensibles por la generalidad de los lectores. Sin embargo, esta claridad expositiva en lo referente a la especificación de los fenómenos biológicos que pudiéramos denominar externos o fenotípicos se desvanece casi por completo cuando el autor se enfrenta a la otra faceta del argumento, esto es, al fundamento interno o genético de esos fenómenos y su correspondiente moldeamiento evolutivo. Aun admitiendo sin reservas que el problema es de extraordinaria complejidad, no es fácil condonar esa carencia, pues la obra reseñada, tal y como la ha planteado su autor, debería centrarse en explicar, a la luz de los conocimientos actuales, cuál es el grado de integración de determinados caracteres en nuestro genoma, en especial los que se consideren privativos del ser humano, y cómo ha ido modificándose la información pertinente en el transcurso de la evolución.
El apartado del texto dedicado a la genética (capítulo 6) parte de la consideración del genotipo del individuo como descriptor prácticamente completo de la naturaleza de su portador y, en consecuencia, el correspondiente relato se limita a ofrecer un resumen de los principios básicos de la genética molecular y de los logros del Proyecto Genoma Humano, al que se adjudica una potencialidad que, en relación con el estudio de la naturaleza humana, está muy lejos de poseer o es ajena a sus fines. La confianza en este tipo de enfoque determina la reiteración, un capítulo tras otro, de la coletilla de que tal o cual atributo «está anclado en el genoma», sin proporcionar mayores explicaciones al respecto, incurriendo con excesiva frecuencia en suposiciones infundadas, cuando no en trivialidades. Valga como ejemplo de las primeras la afirmación de que «nuestro sentido de la belleza de las personas del sexo opuesto tiene un fuerte componente genético, anclado en la naturaleza humana» (p. 282), y de las segundas el dictamen de que «la naturaleza humana acota nuestra vida y tiene

prevista nuestra muerte» (p. 362).

Tampoco la sección dedicada a la evolución (capítulo 2) aporta gran cosa a la comprensión del funcionamiento de la selección natural como mecanismo responsable del cambio adaptativo de los genomas de las especies, restringiéndose a una exposición histórica de los orígenes del darwinismo y el neodarwinismo que finaliza con una descripción superficial de la propuesta sociobiológica. En este sentido debe decirse que, en líneas generales, cuando Mosterín se refiere al genoma humano, suele limitarse a la porción fija de éste, es decir, a la que es común a todos los individuos de nuestra especie, y rara vez hace mención de la parte variable que distingue a unos individuos de otros y constituye el combustible del motor selectivo. De todas maneras, en algunos párrafos se atribuye a las diferencias genéticas entre individuos un papel menor, por ejemplo cuando se cifran en un uno por mil del genoma (p. 135) sin especificar a qué unidad genómica se refiere este cómputo que, desde luego, no debe de ser el gen, ya que, si el genoma humano está compuesto por unos veinte mil genes, sólo veinte de éstos podrían considerarse entonces responsables de la diversidad genética humana en su totalidad. Tanto esta estima como la del dos por ciento que distingue al genoma del chimpancé del nuestro (p. 147) se manejan en el texto muy a la ligera aunque, a la luz del puro sentido común, sólo indican que las diferencias nucleotídicas entre las respectivas secuencias de ADN no proporcionan información útil a la hora de interpretar las obvias desigualdades existentes en cada caso. Sin embargo, en otras circunstancias el argumento se invierte (capítulo 11), aceptándose entonces sin la menor crítica las investigaciones llevadas a cabo con gemelos monocigóticos que en poco o en nada han contribuido a esclarecer la posible importancia de la herencia biológica en la determinación de la diversidad entre individuos con respecto a muchos rasgos psicológicos (incluyendo el cociente intelectual, pp. 313 y 318), o censurando la oposición a estos planteamientos por parte, entre otros, de uno de los genéticos de poblaciones de mayor prestigio internacional, Richard Lewontin, quien ha puesto claramente de manifiesto en numerosas ocasiones el escaso o nulo rigor científico que ha acompañado tradicionalmente a este tipo de indagaciones (pp. 50 y 317)Véanse, entre otros, Richard C. Lewontin, It Ain’t Necessarily So. The Dream of the Human Genome and Other Illusions, Nueva York, Granta Books, 2000 (El sueño del genoma humano y otras ilusiones, trad. de Ramón Ibero Iglesias, Barcelona, Paidós, 2001, reseñado en Revista de Libros, núm. 66 [junio de 2002], pp. 19-20), y Steven Rose, Richard C. Lewontin y Leon J. Kamin, Not in Our Genes. Biology, Ideology and Human Nature, Hammondsworth, Penguin, 1984 (No está en los genes, trad. de Enrique Torner, Barcelona, Crítica, 1987). .

En resumidas cuentas, la obra de Mosterín, sin duda bienintencionada y aceptable en sus aspectos descriptivos, se reduce en su parte explicativa a una exposición imprecisa e

inconexa de lo que está o no está evolutivamente asentado en el genoma, y trae a la memoria aquel tratado de metafísica china que un personaje de Dickens componía «combinando la información sobre metafísica contenida en el apartado de la *Enciclopedia Británica* encabezado por la letra M con los datos sobre China incluidos en el correspondiente a la letra C».

Autor: Jesús Mosterín

Edicion: Espasa Calpe, Madrid

Paginas: 418 pp.

Precio: 22 €

Titulo: La naturaleza humana